

viera en Chile. Me contaba las penurias que pasara a causa de su escasez de recursos y de la incomprensión de ciertos personajes para quienes hacer versos era cosa no seria. Me hablaba con afectuoso entusiasmo de los que fueron sus verdaderos amigos: Pedro Balmaceda, Poirier, Manuel Rodríguez Mendoza, sin olvidar al doctor Galleguillos. Me refería cosas sabrosísimas de dos escritores ridículamente ingenuos: Pedro Pablo Figueroa y Carlos Letrop. Todo ello sin sombra de amargura o resentimiento. Cuando yo lo conocí estaba muy agraviado con los escritores chilenos, porque, a causa de un artículo (1) en que tratara de la poesía de Chile con cierta rigidez y de la dedicatoria de su *Marcha Triunfal* al ejército de la Argentina, en circunstancia en que estos dos países se hallaban a punto de reñir, algunos chilenos lo habían atacado torpemente: Eduardo de la Barra le había dedicado un epigrama hiriente y una parodia extravagante de su precioso soneto *A Francia*. Pero la sincera adhesión que yo le mostrara y el artículo de *Zig-Zag*, en que lo defendiera, habían borrado en su espíritu todo resentimiento. Del único chileno de quien se expresaba aún con encono, era del millonario Federico Varela, a quien dedicara *Azul...* y quien ni siquiera se dignara contestarle. «Es necesario que me conozca bien», me decía, interrumpiéndose de tiempo en tiempo. «Usted ha de escribir alguna vez sobre mí.»

Entusiasmado por los recuerdos y por los continuos sorbos de whisky, que bebía devolviendo una parte por el colmillo, solía dictarme versos en que trataba de mil cosas chilenas, empleando el nombre de la capital de Chile como rima o llenando un exasílabo con mi propio nombre:

A veces, cuando me enveneno o me embriago, me acuerdo de Santiago...

¿Por qué no me apropié de esas truculentas improvisaciones que debían perderse y en las cuales, entre mucha hoja loca, había más de una linda flor?

Empero, cuando la crisis del alcoholismo se declaraba, el pobre poeta se volvía más adusto que de costumbre y tan inquieto que no lograba permanecer cinco minutos en el mismo sitio. Su salud se resentía, y no podía ya dormir ni alimentarse suficientemente. Su carácter se alteraba y por la menor cosa regañaba a su buena amiga o insultaba a la criada, una enana medio tonta, que trajera de España. Francisca y María lo cuidaban entonces día y noche, cual a un niño enfermo y caprichoso, y como tenían que sufrir las consecuencias de su estado de exasperación, hacían lo posible por retenerme en su casa. Pero yo, que no podía ver tales calamidades, me escabullía acongojado. En fin el pobre dipsómano caía en cama, y, asistido por algún médico amigo, pasaba largos días postrado, presa del delirio, en la más completa impotencia, y, a veces, entre la vida y la muerte. ¡Ah, el terrible demonio! El gran poeta no debía a su

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

excitación sus obras geniales, como, se ha dicho, sino solamente breves días de animación morbosa, y muchos de desesperación, de pesadillas y de enfermedad. Había tenido «delirium tremens», y si no estaba aún impotente, sólo de tiempo en tiempo, su virilidad se despertaba, lo cual era visible en ciertas miradas que solía dirigir a la joven María. Los médicos le habían dicho, más de una vez, que el alcohol acabaría con su robusta naturaleza. Él lo comprendía y luchaba desesperadamente contra la tentación. Fuí yo testigo de sus rebeliones y sus propósitos de enmienda, y, en más de una ocasión, lo ví pasar meses en la más estricta abstinencia. Pero llegaban las contrariedades y los apremios consecuentes a su situación precaria y a su temperamento desordenado, y volvía a su «paraíso artificial» como a un refugio libertador.

Poco antes, Castelar y Valera recibían sumas enormes por sus trabajos, mas Rubén Darío, que era ahora el primer escritor en el dominio de la lengua, no ganaba con su labor incesante sino lo indispensable para vivir. Las publicaciones en que escribía le pagaban poco o irregularmente; los editores le daban una miseria o nada; *La Nación*, de Buenos Aires, que desde hacía veinte años lo contaba entre sus colaboradores, le pagaba 600 francos por tres artículos mensuales; *El Figaro*, de la Habana le enviaba sus modestos honorarios con irritante tardanza; los editores de París le daban 200 francos por sus libros famosos, y uno de Madrid no le envió nunca un céntimo. Por otra parte, este gran poeta, que era un hombre íntegro, se veía continuamente atacado, escarnecido, ridiculizado. En su juventud, un crítico de su país, Enrique de Guzmán lo había hostilizado sin reposo, y, al correrse la falsa noticia de su muerte, cierto clérigo panameño había escrito que con ello las letras no perdían gran cosa. Luego sus discípulos y sus amigos, que le debían tanto, lo agobiaban con sus exigencias o con sus insolentes murmuraciones: todos se creían con derecho a un prólogo suyo, y Miguel de Unamuno, después de atacarlo en su prefacio a las *Poesías* de J. A. Silva, osó decir que a tan fino artista se le veían «las plumas bajo el sombrero» (1). No obstante, este hombre siempre urgido, gastaba en sus caprichos rumbosamente, si bien, como todo pobre manirroto, mostraba en ocasiones una

sordidez que hacía sonreír, y este escritor tan combatido arrojaba flores a sus enemigos prestigiosos o les dirigía cartas, como la que escribió a Unamuno, en que las quejas iban envueltas en elogios. Su vida era, pues un tormento: material y moral, continuado, y ello explica, si no justifica, su dipsomanía.

Cuando las crisis alcohólicas pasaban, nuestro poeta reanudaba su vida de labor y de lecturas, y yo volvía a visitarlo seguidamente. Cada día más anemado, salía menos cada día y se obstinaba en no acercarse a los escritores franceses que eran sus amigos reconocidos. ¡Qué no hacía yo para decidirlo a visitar a Remy de Gourmont, quien me había dicho que deseaba publicar, en las ediciones del *Mercurio de France*, un volumen de *Pages choisies* de su obra, o para persuadirle a venir conmigo al salón de Rachilde, quien me había manifestado vivos deseos de conocerlo! Esto no quiere decir que nuestro poeta viviera aislado. A su retiro venían a verlo de continuo los escritores americanos o españoles que pasaban por París. Hoy, era Américo Lugo o Fabio Fiallo; mañana, Fernández Guardia o Max Grillo; pasado, Enrique Díez-Canedo o el amable doctor Luis Debayle. Visitábalo también y a menudo, la amiga íntima de Remy de Gourmont: madame de Courrière, mujer algo fantástica, pero muy espiritual, que tuvo señalado papel entre los campeones del simbolismo. Y no faltaban, por cierto, algunos jóvenes americanos que residían entonces en París: E. Carrasquilla Mallarino, Alejandro Sux, R. Pérez Alfonseca. Solía venir también un escultor español que hizo un busto de Darío y cuyo nombre no recuerdo. Así, nuestras charlas eran a veces bastante animadas. Francisca Sánchez no terciaba jamás en ellas y ni siquiera se mostraba. En cambio, su hijito estaba de continuo entre nosotros, con su aire algo triste, pero despierto y lleno de la gracia de la infancia. Darío sentía por él intenso cariño, que si no se manifestaba en gestos ni en palabras, se hacía ver en las miradas mojadas de ternura que le dirigía.

La conversación giraba particularmente sobre la política continental de América. La actitud de los Estados Unidos, enfrente a nuestros países, nos preocupaba, y Darío se alarmaba del giro que tal actitud empezaba a tomar con respecto a su patria. La revolución, encabezada por el traidor Estrada, había estallado allí, y el presidente Zelaya había renunciado el Poder a fin de evitar la intervención yanqui (1). El doctor José Madriz, hombre probo y respetado, gobernaba ahora el país. Poco después, a principios de 1910, Zelaya llegó a París y un día lo encontré yo en casa de Darío. Malicioso y socarrón, no parecía muy afectado. Como yo le preguntara por qué no había adoptado actitud más resuelta ante las exigencias de los Estados Unidos: «¡Oh!, exclamó, ¿quién se atreve a tocarle el cascabel al león?...»

(1) Creo que hay que usar esta palabra y no americano, inexacta. Tal palabra no envuelve significación despectiva. Hubo en Francia, durante la guerra, una división de Estados Unidos, que se llamaba *Yankee Division*.

(1) Artículo consagrado a los primeros tomos de la *Antología de Poetas americanos*, por Menéndez y Pelayo.

(1) Véase: «Hay que ser justo y bueno, Rubén», por M. de Unamuno, *La Ofrenda de España a Rubén Darío*.